

LA ECLOSIÓN



ANNIE GRAVES

ILUSTRADO POR
GLENN MCELHINNEY

edebé

EL
CLUB DE LAS
PESADILLAS

LA ECLOSIÓN



Otros libros de la serie
El Club de las Pesadillas:

¡Socorro! ¡Mi hermano es un zombi!

El espejo

El desayuno del perro

El asesino del conejillo de Indias

Frankenchicos

La mordedura del lobo

La niñera demoníaca

EL
CLUB DE LAS
PESADILLAS

LA ECLOSIÓN

POR
ANNIE GRAVES

ILUSTRADO POR
GLENN MCELHINNEY

edebé

© Little Island, 2013

Título original: *The Nightmare Club: The Hatching*

Texto de Annie Graves

Ilustraciones de Glenn McElhinney

© 2013, Little Island Books, Dublin/www.littleisland.ie

Por mediación de Ute Körner Literary Agent - www.uklitag.com

© Traducción del inglés: M.^a Carmen Díaz-Villarejo

© Edición: Edebé, 2024

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

1.^a edición, octubre 2024

ISBN: 978-84-683-7042-2

Depósito legal: B. 6882-2024

Impreso en España

Printed in Spain

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Sally Ann,
que no tiene miedo a nada.
Una chica como yo.*

Annie Graves tiene doce años y ninguna intención de hacerse mayor. Es huérfana, algo muy oportuno, y vive en un lugar secreto de Glasnevin, Dublín, con su sapo, que se llama Totalmente Incomprendido, y su gatito, Hugo Sinapellido. No pienses que va al colegio, ¡bah!, ni que tenga algo tan aburrido como hermanos o aficiones. Digamos que tiene un caldero en la cocina.

Este no es su primer libro. Ya ha escrito otros siete, y ninguno de ellos es el primero.

Nota de la editora: Intentamos hacer una foto a Annie, pero su cara quedaba totalmente borrosa. Mandamos revisar la cámara de fotos, pero nos tememos lo peor.

¡GRACIAS!

Escucha, Dee Sullivan: si te crees que tú has escrito esta historia, es que estás loca de remate. Quizá hayas comido demasiados huevos. Pero no me importa admitir que me has ayudado un poquito con alguna insinuación y murmullo.

(¿YA ESTÁS
CONTENTA?)





A

hora le tocaba a Seamus contar su historia. Y, para ser sincera, a mí no me cae bien Seamus.



Es la clase de chico que no te empujaría a propósito para que te cayeses en medio del barro; pero sí que pasaría por tu lado de forma distraída y te empujaría sin querer. Y, al final, terminarías en el barro.

Aunque no fuera esa su intención, el resultado sería el mismo; y te quedarías con el uniforme del colegio hecho un asco durante todo el día.

Ya me entiendes...



Seamus se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

Nos dijo que su historia era sobre un huevo.

Yo sonreí con malicia. *Alguien* se iba a ir a su casa antes de terminar la historia.

Me recordó cuando Gregory nos contó que una vez se despertó y se dio cuenta de que le había crecido una cola de animal. Y que la movía cuando estaba contento y que muchas veces era realmente molesta.



Con aires de superioridad, pensé que la gente como Gregory y Seamus no entiende la finalidad de El Club de las Pesadillas. Así que me acomodé entre los cojines y me comí otra gominola.

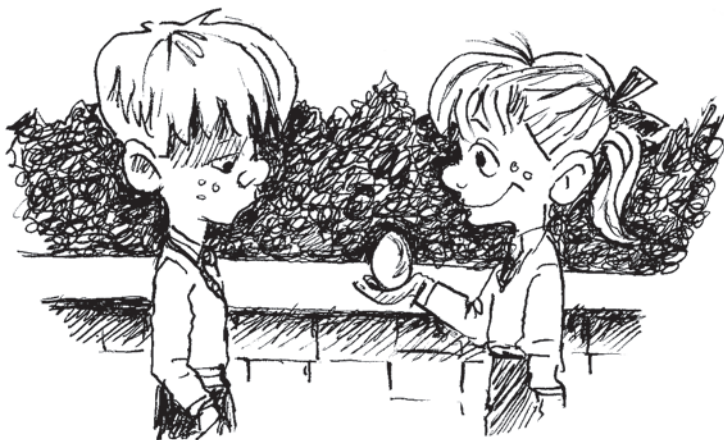
Y entonces...

—Así comenzó el caso del Huevo —dijo Seamus—. Igual que este tipo de cosas, con un reto.

¿Igual que este tipo de cosas?

Huum...

Bueno, sigue leyendo y veamos qué te parece.



—Si te comes esto, te doy un billete de cinco —dijo Sally Ann.

—¿Qué tipo de huevo es ese? —le pregunté.

—No sé. Me lo he encontrado en la calle —me respondió.

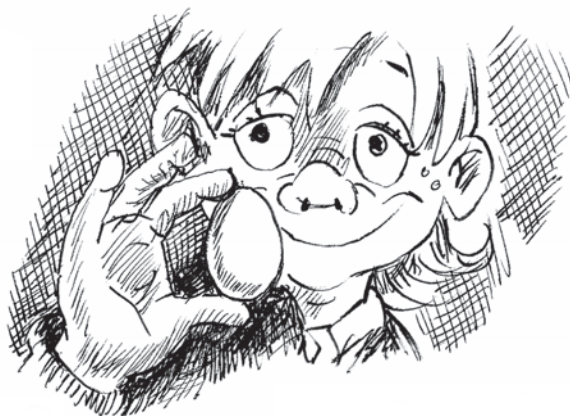
Sally Ann se encontraba muchas cosas por la calle.

Viejas llaves.

Hebillas de cinturón.

Páginas sueltas de libros.

Lo de encontrarse huevos era nuevo. No creo que antes se hubiera encontrado un huevo.



No me lo comí.

Pero me lo dio y, que
Dios me ayude, yo lo
acepté.

Desearía que se lo
hubiera quedado ella.

Desearía que nunca me
hubiera mostrado aquella
maldita cosa.



Desearía que ese Huevo se hubiera quedado en la calle, enterrado en el barro y en el polvo y que nadie lo hubiera descubierto jamás.

Tan pronto como toqué el Huevo, sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo hasta la muñeca.

Fue casi como cuando, a escondidas, puse en marcha la motosierra de mi madre. Solo que sin aquella satisfacción. Esto fue como una sacudida bastante sosa.

De todas formas, me lo metí en el bolsillo.

Tan solo era un huevo.





Sentí su suave peso contra mi pierna,
como si fuera una promesa.

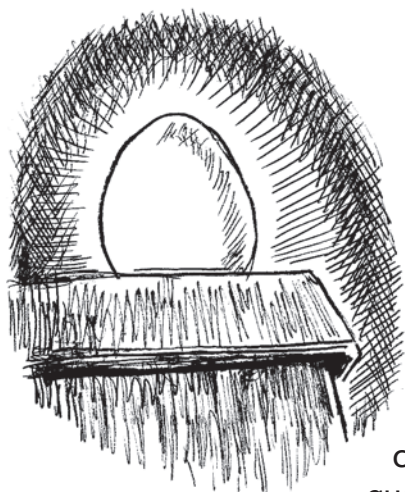
Una promesa de no sabía qué, porque yo
no hablo el lenguaje de los huevos.

Me olvidé de él mientras permanecía
bien guardado en el bolsillo durante la
jornada escolar.

Aquella tarde me puse el pijama y el Huevo se quedó olvidado en el bolsillo del pantalón del uniforme.

Pero, por la noche, de repente me desperté y allí estaba, acechando con su color blanquecino sobre mi mesilla de noche.

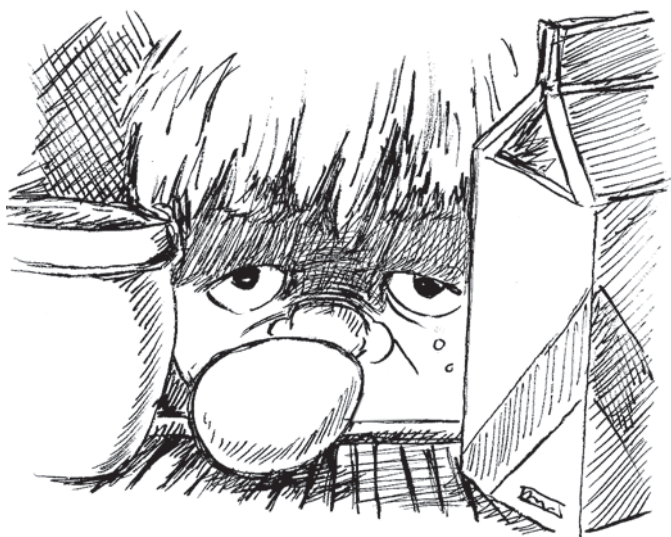




No era rosado
con pintitas
como un huevo
de gallina.

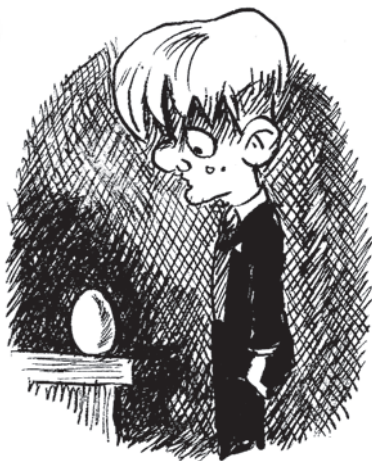
Era de un color
blanco perfecto,
como los huevos
que aparecen en los
libros ilustrados.

—Quizá sea un huevo de pato —comentó mi madre cuando a la mañana siguiente lo dejé en la nevera.



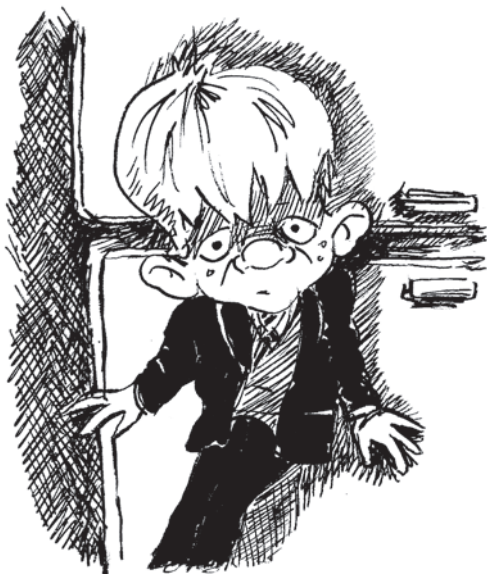
Negó que me hubiera registrado los bolsillos de los pantalones y hubiera dejado el Huevo en la mesilla de noche. Pero años de experiencia me han demostrado que es una gran fisgona. Con mis tirachinas y petardos confiscados, nunca admitió que hubiese sido ella.

En una casa como la mía no hay secretos; pero hay muchas cosas de las que no se habla. Mi madre nunca se queja, aunque resuelve los problemas discretamente, como si limpiara una mesa o una encimera hasta que no recordaras lo que había antes sobre ella.



Cuando regresé a casa, el Huevo estaba otra vez en mi mesilla de noche.

Lo volví a dejar en la nevera y cerré bien la puerta, como mi madre me dice que haga: presionándola hasta asegurarme de que la goma de la puerta quede bien adherida.



Por la noche me desperté y el Huevo
volvía a estar allí.

Entonces me di cuenta de que tenía
miedo del Huevo.

